

Una visión eglógica, al principio. Nace el día en el campo costarricense. Desfilan existencias, al parecer, de muy humildes proyecciones. La fecunda cogida del café. Fecunda en varios sentidos.

Más adelante, la exaltación de un patriotismo que germina, silencioso, en el secreto de las almas ticas. La cruzada inolvidable del cincuenta y seis en la que el costarricense sabe desafiar, con éxito, así a la naturaleza como a los hombres.

Surgen, venerables y venerados, los dos nombres que son como una vieja cadencia yámbica en la augusta catedral patria: Mora y Cañas, los mártires por excelencia. Con los de ellos, tantos otros apellidos engarzados en oro legítimo, el de su valentía. Forman el valioso rosario que, en los momentos de dolor y de alegría, desgranar con reverencia todos los ticos.

Luego, resuena el vibrante tambor del sublime Santamaría, cuyo inesperado sacrificio no ha de ser vano. Sus redobles gloriosos callan. El Erizo patriota cambia el parche sonoro por la tea de la venganza.

Páginas adelante, asoma su máscara de odio la ambición que, en varias ocasiones, ha anidado cruel en algunas almas costarricenses. La caída inesperada de Mora. El sacrificio ingrato de su vida, tan preciosa como la del compañero de todos los instantes, el heroico General Cañas. Bella ocasión que aprovecha el novelista para expresar el propio dolor de costarricense, enamorado de la justicia y de la gratitud, que es algo más que justicia.

Una evocación de tiempos idos para siempre. La carreta, lenta y crujidora, que hace el viaje, largo y alegre hacia el lejano puerto. Pasan monótonos, los llanos del Carmen. Siguen, con miedo, las curvas atrevidas. Anuncian el descenso hacia el histórico puente de las damas. Se detienen, fatigadas, en los acogedores cestos que la piedad humana sembrara, aquí y allá, a lo largo de un camino que parece empezar en cada recodo y simula no terminar nunca. Se escuchan las marimbas de regio linaje. Añoran las inolvidables alegrías del palenque ya deshecho. Por fin, el anhelado descanso. Lo brinda la severa ciudad de Esparta. Más allá, el mar inquieto. Desmiente, en cada tumbo, el nombre que otrora le diera. Es posible que, en sus marejadas turbulentas, quisiera borrar, de la memoria de los humanos, el epíteto de pacífico que ninguna gracia le produce.

Rosendo no obtiene de su padre -viejas costumbres ya desterradas- el permiso necesario para unirse en matrimonio con la adorable y adorada Rosita. Busca la serenidad de su espíritu acongojado en un viaje de interés hacia la Europa siempre deseada. París y sus insinuaciones constantes. La tranquila y soñadora Dijon. Allí el amor al acecho. El matrimonio de Rosendo y Marta. El retorno a la lejana tierra tropical.

No en vano se dice que la suerte juega con los destinos humanos. La dicha del joven matrimonio se esfuma para siempre. La hija que ambos esperan con indecible anhelo llega. Es, a la vez, alegría y desesperación para la joven madre, ya viuda.

Pasan los años. La hija, Rosita, ya mujer, piensa, también ella, en casarse. De su matrimonio, al que siempre se opuso Marta, nace una niña, Hortensia.

Vuela el tiempo. Rosa es maestra. Hortensia, a quien seducen los oropeles del lujo, escapa hacia la capital. La envuelve el amor sin mañana. De la vida que nada tiene de alegre para Hortensia nace un hijo. Llevado y traído por el infortunio, el pequeño crece. Estudia sin descanso. Logra, más tarde, una beca que lo autoriza para seguir la carrera de médico en París. Se impone en todos los momentos: por su entusiasmo de estudiante; por su generosidad de caballero.

Se convierte en una esperanza. Toda una esperanza concentrada en un espíritu de generosas aspiraciones infinitas.

La novela de Picado Soto interesa desde el mismo instante en el que se inicia la lectura. Orienta la atención, por entre episodios bien escogidos, hacia un final saturado de nobleza exquisita.

Se puede decir que el autor es, también él, en la novelística nacional, toda una esperanza.